

AÑO 5.º

1841

EL PRIMER REY DE SOBRARBE.

1.

Emigracion de los Zaragozaños Voto y Felis á las asperezas de Ornel.

Salve, asilo sagrado de la libertad, salve. En tu seno profundo ya no deleitará á nuestros oídos la armonía seductora, ni la vista se dejará alhagar de dorada techumbre, pérsicas alfombras, jaspes variados y faustoso ornato: no se rendirán ya nuestros sentidos al blando atractivo de un baño perfumado, ni nos embriagará la lisonja fataz; no percibiremos en fin el ruido mundanal. Mas ¿qué son en cotejo de un día libre los deleites todos del sensual alcoran? Ay! ¡cuántos y cuántos suspiros no hemos sufocado en nuestros pechos, en medio de una esclavitud cubierta de flores! y ¡cuán dulce es respirar el aire puro de la libertad! Gracias, señor de lo criado, gracias! Vuestra diestra justamente airada hubo de alzarse contra el crimen nefando: y un día bastó á hacer sucumbir el soberbio imperio de trescientos años, sumergir las pasadas glorias en las hondas del Guadalete, y entregar nuestra ciega patria á bárbara cadena; mas, piadoso como justo, habeis tomado en cuenta los padecimientos del humillado Ibero, principiais á escuchar nuestras plegarias, y ya esa virtud encantadora, la consoladora esperanza, alienta á nuestras almas. Que se realicen, Señor, las que por la futura suerte de la Hesperia desde hoy se atreve el corazón á abrigar. — Así hablaban á la entrada de la cueva del Galeon hacia el año de 714 (1) dos hidalgos aragoneses que, prefiriendo la independencia y el culto de la religion de sus padres á los placeres con que les brindaran una cuna elevada y la mejor fortuna, abandonaron á Zaragoza, apenas conquistada por los Arabes, para continuar sus dias en las asperezas de Ornel, no holladas hasta entonces por la planta Africana.

(1) «Circu annum» dice el autor de las segundas actas de los Santos Voto y Felis que principian «Cum magnitudo meritorum» á las cuales atribuyen tanta antigüedad y merito los Bolandistas.

Era la hora en que, enrojeciéndose las nubes, empiezan á mostrar los primeros pasos de la mañana. Voto y Felis, fijos los ojos en la desconocida gruta, hubieran querido penetrar desde luego en su ansiado recinto; mas, temiendo turbar el reposo de los que acaso la habitáran, lo dilataron hasta que, alumbrando ya el astro del día los trabajos del hombre, prestara toda la luz suficiente á llenar los deseos de entrambos hermanos. Vuelto su rostro hacia la selva dó les condujera el destino, no vieron en derredor de sí sino riscos y precipicios como los que no sin inminente peligro les permitieran llegar á aquel desierto, alguna fuente que parecia huir de la negra espesura, y bosques sombríos y aterradores destinados desde la creacion á repetir no mas que los ahullidos de las fieras y los silvidos del viento. Poseidos de ese sentimiento mágico que subyuga al hombre civilizado y al hombre salvaje, se ofrecieron de repente á su agitada fantasia todos los atractivos del hogar paterno: parecíales oír la voz de sus mas queridos deudos, y los sollozos de los criados fieles: el sacrificio de tantas conveniencias como dejáran bajo el techo que les vió nacer se presentó á sus ojos con los mas vivos colores; y se sintieron llamar ingratos por los que les dieran el ser, y reconvenir por el desprecio á que entregáran el fruto de los afanes de sus mayores. Cruel lucha experimentaba el corazón de los dos emigrados cuando, desprendiéndose de aquellas breñas un peñasco, cerró casi herméticamente la entrada de la cueva. Esta rara é inesperada dificultad de consumir los fluctuantes propósitos de Voto y Felix bastó á afirmarlos en ellos con un nuevo ardor: juran llevar á cima su noble proyecto, y se arrojan denodados sobre la enorme piedra.

Ya, vencida su inútil resistencia, han atravesado ambos hermanos la abertura de la gruta.
Domingo 18 de Abril de 1844.

ta : reina en ella un silencio pavoroso , interrumpido solamente por los pasos de los que osaron hollarla , y por el soplo del viento que agita las yerbas marchitas pendientes de la bóveda : de repente un rayo de luz hiere el rostro de un anciano cercado de una noche sin fin , pero cuyo risueño semblante le ofrecia todavía en el acto de volar hacia aquel que recibe al fatigado viagero con inefable bondad. — Otro libre ! esclaman con alegría mirándose mutuamente ambos hermanos , pero prueba el descanso = y adelantándose Felix unos pasos = descanso sí , repuso ; mas eterno. Con efecto una inscripción que se leía en la losa triangular , sobre que parecía apoyado el cadaver , revelaba la muerte de Juan de Atarés primer morador de aquella soledad. (1) Rendidos al cadaver los últimos homenajes , presididos por una piedad sin hipocresía , acompañados del respeto mas profundo , é iluminados no mas que por esa lumbrera eterna que nada en mares de púrpura y oro , examinaron los dos emigrados hasta lo mas recóndito de la espaciosa caberna ; y preparada á sostenerles en la vida frugal que habian adoptado , esculpieron con notables caracteres sobre la entrada *Piedad é independencia.*

II.

Los montañeses , dirigidos por Voto y Felis , se aperciben á resistir á los Arabes.

Pocos dias habian transcurrido cuando vieron , no sin sorpresa , descender hacia aquella mansion de horror dos personas de humilde traje que hubieran despavoridas al encontrar otros tantos desconocidos en la cueva donde buscaban al hermitaño Atarés , si la atrayente inscripción que leyeron al llegar á ella no les inspirara la confianza bastante para oírles : eran dos zagales del pais que periódicamente conducian algunos frutos de facil digestion al anciano Juan , el cual les recompensaba con usura por medio de consejos saludables y de narraciones históricas , en que resultaban su entusiasmo por las ya eclipsadas glorias de la patria , y su veneracion hacia esa religion sellada con la sangre del hombre que murió como un Dios : (2) acogidos por Voto y Felis del modo mas obligador , dedicáronse estos á hacer renacer la perdida esperanza en el co-

razon de los pastores : reunieron algunos restos de la casa paterna , presente á que acompañaron el de la mas cordial amistad ; y aceptada y reciprocamente jurada , se despidieron los montañeses con muestras inequívocas de contento , prometiendo repetir con frecuencia sus visitas. No tardaron en cumplirlo ; pero ya entonces la fama de los recién-llegados habia volado por la comarca entera. Un oculto sendero , conocido solo de los zagales mas prácticos , llevó á la cueva , á través de un bosque añejo como el mundo , una romería de admiradores cual jamás viera en su seno el cavernoso Galeon : la virtud de los Zaragozaños , unida al atractivo irresistible de sus doctrinas , renovó aquellas escenas ; y mientras Jabib llevaba sus conquistas al otro lado del Duero , donde no habia desplegado Tarek su ominoso estandarte , ni esgrimido su alfanje el sanguinario Muza ; (1) mientras que Abdelaziz , poseído de los celos que le causaba su compañero en el gobierno , se ocupaba todo de meditar los lazos que debieran hacerle su prisionero un dia , los aragoneses del Pirineo , alentados por aquella tregua y guiados por el consejo de Voto y Felis , resuelven fortificarse.

Ya está trazada en la llanura , no lejos de la gruta , una nueva ciudad que debe servir de antemural á la metrópoli de la Jacetania : álzanse los edificios necesarios al abrigo de los trabajadores y de los encargados de presidir sus obras : el fuego patrio estimula su celo y redobla su actividad : ya se han marcado las líneas de defensa , y todo arguye que una respetable fortaleza va á oponerse á la irrupcion africana , cuando vuelto de su letargo el enemigo se apresure á decretarla. Pero ¡ ay ! el envidioso Abdel-aziz habia rendido su cuello á la cuchilla de los Califas ; y Ayub el Lajimita fue elegido para sucederle por el ejército Agareno.

El príncipe de las tinieblas , que viera con impaciencia la inaccion de los hijos del guerrero pontífice de las tribus , que en sus discursos y en sus metros llenos de entusiasmo les mandara combatir contra los incrédulos , hasta que abrazaran el Korán ó se rindieran tributarios suyos , lanzando un rugido de desesperacion abandona su lóbrega mansion , vuela al alcázar del sobrino de Aben-zair [2] y sorprendiéndole en el reposo = Despierta , Is-

(1) «Primeros habitantes dice el autor de las mismas actas.
(2) «Jesucristo murió como un Dios» Expresion que la fuerza irresistible de la verdad arrancó al célebre autor del Emilio.

(1) Tarek. Muza. Primeros y legítimos gobernadores de España nombrados por los califas de Damasco muchos años antes de la ereccion del trono de Córdoba.

(2) Era Ayub hijo de una hermana de Muza-Aben-Zair.

maelita, le dice: ¿Dó está el pendon del Profeta? ¿Qué es de tus temidos ginetes? ¿Qué de tus huésteres? ¿Has olvidado las glorias de Maza, ó pretendes entregar el fruto de sus conquistas á tus adversarios? Hoy se preparan á resistirte; un dia mas de holganza, y el islamismo se verá invadir en sus mismas mezquitas. Levanta, empuña la cimitarra; que el estandarte de la Media-luna tremole sobre las altas cimas del rebelde Pirene; y que los fuertes que todavía ostenta sirvan de tumba á los secuaces del crucificado. — Pareció á Ayub que habia sufrido un pesado sueño, y en él cargos severos acompañados de amenazas; mas se apercibía á despreciarlo, cuando recibe aviso de que los cristianos de Uruel en extremo osados habian descendido á la llanura é inquietado los puntos avanzados: siéntese atacado otra vez por el recuerdo del pasado sueño, teme al Profeta; y pocos dias bastaron á presentar á los ojos de Siracusta un ejército formidable de infieles, destiuado á llevar la desolacion y la muerte hasta el origen del Aragon, del Gállego, del Ara y del Cinca. En vano intentaron resistirle los desapercibidos montañeses: la ciudad fuerte, destinada á servir de llave á aquellas asperezas, fue destruida, aun antes que concluida. Aquí otra Troya fué (1) es toda la memoria que de ella nos dejaron los pueblos que tuvieron la dicha de sobrevivir á la infortunada Panno. La Osetania entera, la Suesetania y la Vasconia Jacetana hasta el remoto Summo porfu sucumbieron á las numerosas falanges. (2)

III.

*Los aragoneses se arman contra los Arabes,
y en la cueva del Galeon dictan leyes y
constituyen un gobierno.*

Desalentado hubieran acaso Hergetes y Jacetanos, si, embriagado Ayub con el fruto de tantas conquistas, no se hubiera entregado todo á perpetuar su nombre sediento de fama, fascinado por ese fantasma coloso de las tinieblas, no mas que pigmeo á la luz, hasta el punto de no echar de ver que la esterminadora conducta de los vencedores llevaba á los vencidos en su exasperacion á los riscos mas empinados y á las mas profundas

cavernas. Pero Alcanit, Galaat-ayub, Galaat-Dar-auca, Kestah, Thotilat, Ghakat (1) y otras muchas ciudades reedificadas, concluidas ó notablemente reparadas por el Lagimta, dieron lugar á que los emigrados, olvidando mutuas querellas, y estimulados por el noble ejemplo de los que acaudillados por Pelayo sacudieran en las montañas de Asturias la vil esclavitud reconquistando palmo á palmo el perdido suelo de sus mayores, se aunaran contra el enemigo comun, principiando por elegir la Cobadonga de Aragon. Mil y mil grutas poseia este en sus entrañas: prelados, hidalgos, soldados, ancianos llenos de experiencia y jóvenes armados de valor se abrigaban en sus senos cavernosos; mas la mano del eterno que, pesando sobre la cabeza del envidioso y del malvado, les obliga á humillarse á pesar suyo delante del hombre virtuoso, habia escrito en los corazones de los aragoneses los nombres respetables de dos Zaragozaños; y la mansion de Voto y Felis, la cueva del Galeon fue la preferida para cuna de un reino, no menos célebre por sus hazañas y sus conquistas, que por sus leyes, sus libertades y sus reyes.

La golondrina desflorando las aguas no vuela con tanta rapidez, como la noticia de esta importante novedad á los oidos de cuantos debian tomar parte en la ardua empresa de salvar la patria. Ya se halla preparada la afortunada caverna en cuyo fondo se levanta un altar de donde parten muchos rústicos, pero aseados bancos formando un espacioso semicírculo: en su centro una pequeña pira, guarnecida de góticos escudos, presenta á los ojos de los entusiasmados cristianos el oriflama de la cruz, al paso que los nombres respetables de Mandonio y Mendivil se leen en las ojas de dos tajantes espadas colocadas horizontalmente en los costados de la gruta. Esta es la vez primera que la voz de las antorchas ha hecho desaparecer de aquel recinto al Genio del espanto. Trescientos caballeros (2), principales por sus talentos, su valor y su idalgua toman asiento indistintamente; y, celebrado el incruento sacrificio, dan principio bajo la presidencia de Voto y Felis á una discusion en que brillan á porfia el amor patrio, la sensatez previsorá, la deferencia á las canas y á la veneranda experiencia, y la mas generosa galanteria. Oido el dictámen de los virtuosos hermanos, se constituyen en cuerpo

(1) «Hic jacet altera Troja, Panno» Véase el número 13 de este mismo periódico, correspondiente al año último, folio 98, primera columna.

(2) Osetania, tierra de Huesca. Suetania, el país á que dieron nombre Sangüesa y Sos. Vasconia Jacetana, tierra de Jaca. Summo Portu, Canfranc.

(1) Alcañiz, Calatayud, Daroca, Estella, Tudela, Jaca.

(2) Trescientos caballeros, segun unos; seiscientos, segun otros historiadores.

de república: dictan leyes análogas á las necesidades del regenerado pueblo; leyes, llenas de franquicias y libertades, que así previenen las tendencias del jefe del estado al abuso, como labran el bien-estar de los que só condicion de guardarlas, no de otro modo, se someten á obedecerle: y, decididos á recobrar la suspirada independencia, juran por Dios y sus evangelios sobre la ara del Bautista no deponer las armas hasta conseguirla, y señalan por el primer teatro de sus hazañas la cabeza de Sobrarbe. = Guerreros, dice en seguida con voz de trueno y la espada desnuda, puesto de pie el mas valiente de aquellos caballeros, hoy renace la libertad de la patria; pronto las campiñas, regadas por el sudor paterno, se verán alumbradas por el sol benéfico de la independencia, expulsado tanto hace de nuestro triste horizonte. La sagrada causa que defendemos no es solo nuestra; los esfuerzos de los libres serán secundados sin tardanza en un espacio inmensurable. Acelerad el golpe: nuestros opresores, sepultados en el ocio, no sospechan la muerte que les aguarda. Al campo, Aragoneses, que el lenguaje de los hombres no se oiga repetir solo por el eco de las cavernas; harto tiempo hemos permanecido en su lóbrego seno. ¡A morir ó vencer! ¡Cuán felices si reconquistamos la independencia de la patria! Si morimos por ella ¡cuán honrados! nuestra memoria será por siempre religiosamente acatada, y nuestro nombre servirá de garantía á la felicidad pública: en este mismo lugar acaso [4] serán visitados nuestros huesos con entusiasmo, y sobre la losa de nuestros sepulcros recibirá la matrona á sus hijos el juramento de imitarnos. Ea, nombrad presto un caudillo, y..... El grito general de ¡Viva Garci Gimenez! no permitió al hidalgo terminar su discurso.

(Se concluirá.)



[4] Véase el tratado de los sepulcros de San Juan de la Peña en el número 14 de este periódico, artículo de fondo, correspondiente al año último.

POESÍA.

A CORZINA.

No juzgues que fué lisonja
lo que te dije, Corzina,
ni menos que cauteloso
falaz amor te enebria!
el deciste que te adoro
con extremo; y que tu vista
y tu trato los encantos
son tan solo de mi vida,
es poco para este pecho
enamorado, si miras
que en servirme y adorarte
cifra todas sus delicias.
Injusta fuiste, señora,
contigo y asaz esquivada,
cuando los tiernos afectos
dudaste del alma mía.
No tan bella en la floresta
es la rosa purpúrina,
ni tan dulce el aura leve
que la besa fugitiva,
como hermoso tu semblante
y el aliento que respiras,
consolador para el hombre
que te quiere sin falsía.
¡Siempre recelosa! siempre
incedida y pensativa,
le das al amor recelos
y al alma triste fatigas!
Dudas? temes? aborreces?
¿ó acuso...? ¡sospecha impía!
de otro amor afortunado
la memoria te lastima?
dices que no; que me amas,
constante, pero que tibia
miras con temor..... ¡incauta!
mi tierna fe prometida.
Permita el cielo si tuese
esto verdad, ¡o Corzina!
que su maldición por siempre
en el mundo me persiga.
Permita Dios que mis males
no cesen y que mis dichas
se oscurezcan al recuerdo
de una acción tan fementida.
Permita Dios... ¡te como ves!
¡me pides que no prosiga!
¡lloras! ¡ay! aquese llanto,
hermosa ¿qué significa?
¡Ocultas el bello rostro
y misteriosa te agitas!
no respondes, ni me dejas
hablar ¡ay! cuando debía....
¿Que es esto, Señora?... basta
ya te comprendo.... enemiga
me fue la suerte... ¿no, dices?
¡contradicción inaudita!
¿Qué lloras por mí... ó ventura!
¿Que este amor es tu desdicha!
¡Ah! ven á mis tiernos brazos,
y en mi cariño confía.

J. Guillen Bazarán.

*Poesías leídas en el Liceo artístico y literario
de Huesca en la noche del 7 de Marzo, con
motivo de los aplausos con que se premió
el drama titulado:*

URREA O LA UNION.

Hollando sueros, despreciando leyes,
rosga D. Pedro con furor insano
privilegios de un pueblo que hace Reyes,
quedando de sus Reyes soberano.
Mirábase do quiera los unidos,

cual valientes y bravos caballeros,
sus levas defendiendo, decididos,
lidiando contra el Rey según sus fueros.

Tu es la gloria Vate esclarecido,
que, borrando á la historia los engaños,
con verdad de los hechos has sabido
pintar de aquel monarca los amañados.

Ya tu pluma brillante resplandece,
cual hijo de la patria de Cervantes,
y el lauro que te dá más embellece
que el oro, que la plata y los diamantes.

Vuela feliz al templo de la gloria;
permanencia eternal tu lauro sea;
guirnalda bella adorne la victoria,
que ganar supo el trobador de Urrea.

Gozate allí ufano de contento;
y ébria de placer, enchida el alma,
pueda coger el prez de tu talento,
adornando tu mano verde palma.

B. M.

SONETOS.

El pueblo de Aragon yerto yacia
al pie del solio, con cadenas preso;
érale en su estupor ligero peso
el trono, que en sus hombros sostenia.

Pero en mal hora el Rey que le oprimia
quiso el rigor llevar hasta el exceso;
Aragon dispuso, y el fuero ileso
con terrible ademán al Rey pedia.

Tu cantaste este rasgo generoso,
y al campeón de los fueros ensalzaste;
sono en tu plectro el nombre belicoso
de Urrea, y sus virtudes numeraste.

Prez y lauro te dá, Vate dichoso,
el pueblo que en la fama eternizaste.

J. P. y M.

A los SS. D. Bartolomé Martínez, por su
drama Doña María de Lastanosa, y á D.
Felix de Antonio, por el suyo Urrea ó la
Union.

Es la misión que el Vate recibiera,
si difícil tal vez, brillante, amena;
quien acierta á llenarla, aunque con pena,
merece bien del mundo en que naciera.

Difícil ó imposible pareciera
seguir el rumbo del cantor de Elena,
si en celo ardiendo la inspirada vena,
sagrada obligación no se impusiera.

Si debisteis al Cielo dar tan santo,
si en verso fácil y en sonoro acento
supisteis recordar hechos gloriosos.

Permitid que mi labio en fiel contento
bendiga vuestra empresa, y pieurosos
las tareas seguid que os honran tanto.

P. M. E.

QUINTILLAS.

Mereces gran prez y gloria
por la dulzura y encanto,
con que traes á la memoria
hazañas que brillan tanto
en los fastos de la historia.

En el drama de la Union,
has pintado con destreza
todo lo que de grandeza
se ejecutó en Aragon
por el pueblo y la nobleza.

No has sido menos dichoso
en la parte original;
en ella has trazado airoso
un argumento ideal,
placentero y amoroso.

Por el drama presentado
conocemos ya tu ingenio,
que en este mismo proscenio
debe ser luego premiado:

y ¿cuál será aqueste premio?
Que tu testa, gran doncel,
á presencia del Liceo

se corone de laurel
por la supuesta Isabel:
¿no tenéis ese deseo? (á los socios).

M. M. M.

Nobles ilustres que Aragon admira!
no morira vuestra envidiada gloria;
oid cual suena la sublime lira,
recordándonos fiel vuestra memoria.

La frente alzad desde la tumba fria,
y al bardo ved de gloria coronado;
el del letargo, en que quizás yacia,
vuestra fama inmortal hoy ha sacado.

El contempló la sin igual grandeza,
qu' fuera un dia vuestra dulce enseña,
y de Aragon la fulgida nobleza
grabó feliz con eternal reseña.

Miradle, Oscenses, y su afán premiado:
digno es asaz de distincion honrosa;
ya conmovido admira la bondad
con que acogeis su empresa tan grandiosa.

Al genio ved, que, humilde, por las bellas
á recibir el premio es conducido:
no hay, vate ilustre, bajo las estrellas
al del saber un lauro preferido.

Recibe, pues, doncel afortunado
de fiel amigo la pequeña ofrenda,
que en tus glorias tambien interesado,
hoy te consagra, de cariño en prenda.

M. de L. y L.

SOBRE SI LOS APLAUSOS DEL PÚBLICO SON LA LEGÍ-
TIMA SANCION DEL MÉRITO DE UNA OBRA
DRAMÁTICA.

Discurso pronunciado en la sesión de literatura del 18 de marzo
en el Liceo de Huesca por Mariano Gil y Alcalde.

Después de haber presenciado en este palenque literario los recomendables esfuerzos de la bizarra juventud oscense, me hicieron el honor sus respetables socios de invitarme en esta mañana á tomar parte en el teorema que se discute.

Sin tiempo para meditar, falto de libros, obra este ligero discurso de esta misma tarde, consiguiendo es adolezca de crasas faltas, y lleve consigo el sello de la vulgaridad y el desconcierto. Sin embargo yo no debía desairar á los que tal honra me dispensaban: son jóvenes, son aragoneses, son liceístas: ¡cuántos títulos para amarles con todo el fuego de mi alma! por estas razones, Sres., he tomado la pluma para consignar algunas ideas en contra del teorema que los socios de literatura han propuesto para este día, á saber: *si los aplausos del público son el garante, la legítima sancion literaria de una produccion dramática.*

Cuestion es esta, Sres., que tendrá paladines en pro y en contra. Yo soy de los segundos, y estoy intimamente persuadido de que los aplausos del público no son ni pueden ser, en las actuales circunstancias, el barómetro del mérito literario de una produccion dramática. Veré si consigo probarlo.

Los modelos del saber (españoles, Sres.: porque, sea dicho de paso, en esta parte no tenemos que envidiar á ninguna nacion, pese á los ignorantes extranjeros que se han mofado de nuestros dramáticos, cuando se les puede probar que sus mejores ingenios han tenido por maestros á los españoles); los modelos del saber, decia, han dejado consignado, que el teatro debía ser la escuela de las costumbres. Pues ahora preguntaré yo ¿han mejorado

por eso las costumbres? ¿el asesino ha dejado de serlo por asistir al teatro? el adúltero, el infanticida, el ladrón, todos los criminales, en fin; ¿han cambiado de costumbres en la llamada escuela de costumbres? Claro es que no: si pues las costumbres no han variado por las representaciones teatrales, claramente muestra esto la pequeña influencia que el teatro puede tener en ellas: no dire yo por eso, que se presenten en la escena dramas inmorales: todo lo contrario; la virtud, las acciones caballerescas, los hechos heroicos de nuestros ilustres ascendientes son en mi concepto el manantial donde deben beber nuestros autores dramáticos! pero contrayéndonos á la proposición sentada, es consiguiente que si el teatro tiene poquísima influencia en las costumbres del pueblo, este pueblo no puede ser, por ese poco interés que muestra, el mejor juez en estas materias.

Ademas, Sres., hablemos con franqueza: si en los tribunales civiles, criminales y militares se colocan, para sentenciar las causas que son objeto de sus profundas deliberaciones, magistrados íntegros que han encanecido en sus estudios, y sin embargo de eso dudan y vacilan en el negocio que á su circunspeccion se ofrece, ¿qué podremos decir de un pueblo respecto á una produccion dramática? Es bien cierto que de dos mil espectadores que concurren á un teatro apenas se encontrará una centésima parte que sepa dar la definición de la literatura: si pues ignoran los principios de la ciencia; cómo es posible que su fallo sea acertado en una obra tan de bulto como lo es un drama? Si el pueblo que escucha un drama se compusiese todo de literatos, de gente instruida cuando menos, por sus carreras científicas y literarias, entonces convendría desde luego con la proposición. Pero desgraciadamente no es así: y si para juzgar de una obra dramática se necesita estar adornado de conocimientos relativos á la misma, y la generalidad del pueblo carece de estos conocimientos; la generalidad del pueblo no puede fallar con acierto ni puede ser buen juez en una obra dramática: luego los aplausos de ese mismo pueblo nada significan.

En la culta Roma, Sres., donde las artes y ciencias llegaron al mas relevante grado de esplendor, expuso al público una magnífica estatua uno de los mas sobresalientes estatuarios. Los conocedores del arte, admiraron su mérito y envidiaban al eminente joven tal maestría y habilidad; pero la generalidad del pueblo le sacaba mil faltas: el uno decia que el ropaje estaba extendido sin estudio; el otro que los cabellos eran demasiado lacios; otro, por fin, que su vista aparecía amortiguada. El estatuario lo oyó, tomó su estatua, la mandó al Vaticano secretamente donde admiró á los inteligentes, y fabricó otra en muy pocos dias parecida en todo á la primera: la espuso de nuevo al público y llovieron mil sarcasmos sobre él. Entonces aquel arrojado artista comenzó á trabajar la estatua en la misma plaza pública segun los consejos de los corifeos del pueblo romano, y ¿qué salió? una monstruosidad. Presentada de nuevo la primera estatua se volvió el estatuario al pueblo y le dijo: pueblo romano, la primera estatua fue obra mia, la segunda tuya puesto que no me he separado un ápice de tus consejos, pueblo romano, juzga ahora.

Este y otros muchos casos pudieran citarse como prueba terminante de mi opinion.

Por otra parte el fallo de un pueblo está siempre en razon directa de sus costumbres, de su ilustracion. Triste es confesarlo, Sres., pero es una verdad: lo general del pueblo español no está á ese nivel de ilustracion. Mas acostumbrados los españoles á manejar la espada que la pluma, oprimida nuestra patria por instituciones en las que se perseguian al saber, comprometida cuasi siempre en guerras, recobrada apenas de la memorable, grande é inmortal de la independencia en que hollamos bajo nuestros pies las victoriosas águilas imperiales, y desgarramos con nuestras manos los pendones que habian llevado el terror á Mariago, Arcole, y Austerlitz; caímos en nuevas guerras y divisiones intestinas. Celosos siempre por nuestras libertades, no dejamos enmohecer el acero en la vaina y nuestra brillante juventud nació entre las balas y apenas creció, apenas tuvo tiempo de sacudir el honroso polvo mezclado de sangre que adquiriera en los campos de batalla; no restablecida aun de sus heridas, tenia que volver al campo de Marte á coger nuevos laureles. ¿Cuándo se habia de instruir esta juventud? no tuvo tiempo: cuando la libertad peligraba sabían los españoles cerrar el de Minerva y abrir el templo de Jano. A pesar de todas estas barreras, existieron y existen españoles que han escollido en ciencias y artes á los extraños. Por estas razones la generalidad del pueblo Español carece de ese tino en sus juicios, sin el cual es imposible poder juzgar con acierto, y de aquí resulta que esa universalidad no puede juzgar, ni lisonjear por tanto con sus juicios el amor propio de los poetas.

Si acaso, Sres., no estais convencidos, se os pueden citar hechos palpables que demuestran claramente cómo los aplausos del público no son la verdadera sancion del mérito de una obra dramática.

Las primeras producciones del famoso Molière fueron silvadas estrepitosamente en París, si yo no me equívoco, y despues de leídas en los gabinetes de los sabios y en las academias científicas de aquella metrópoli, le valieron á su autor imarcescible laurel, una aureola impercedera de gloria.

El celebrado poeta ingles Shakespeare estuvo tentado á romper su lira en sus primeras obras: tan desairadamente fueron recibidas de aquel pueblo, y aquellas mismas obras le grangearon despues el honor de dar honrosa sepultura de su cuerpo en la abadía de Westminster al lado de las testas coronadas de Inglaterra.

Y contrayéndonos á España ¿qué obra se puede hallar mas acabada que las comedias de Moratin, modelos de natural versificación, del mas puro, fluido y hermoso lenguaje? Pues todos sabemos que sus primeras comedias se silvaron, y que, no contentos con esto aquellos viejos de lenguos pelcones, se deshicieron en una amarga y desenfadada crítica, costumbre que desgraciadamente ha pasado á nuestro siglo. Demostrado, pues, á la seccion que poemas de eminentes escritores han sido presentados á la escena, para sufrir en ella una silva completa, al paso que despues han merecido á sus autores las mas honrosas distinciones. ¿Qué nos resta para fijar la cuestion en contra del teorema enunciado? ¿qué para decidir que el público ni es irrevocable ni aun competente juez? Ademas ¿quién ha dicho que esos aplausos no pueden ser hijos de la situacion, de las circunstan-

cias, resultado quizá de haber halagado sus pasiones, ó lo que es peor mezquinamente comprado, en contra, Sres., del verdadero mérito?

El público, como ha dicho muy bien un joven poeta, amigo mio, juzga las mas veces consultando á su conciencia, y yo añado á sus pasiones: déseme un público pervertido, y todo lo moral le parecerá malo, toda accion virtuosa le causará risa; déseme un pueblo patriota, y aplaudirá los mayores delitos, tal vez las acciones más criminales, como esten envueltas ó barnizadas, como dice Martínez de la Rosa, de una capa de entusiasmo; pero sucederá que aquellas obras que arrancarán aplausos en un momento de ebrietas ó de delirio, leídas reflexivamente en el gabinete, tal vez darán náuseas á los mismos que exultaron frenéticamente en la escena. Jamas los aplausos de esta especie pueden lisonjear á una alma pensadora. Sabida es la sorpresa de Foción cuando fué aplaudido por el pueblo.

Dejo á un lado la envidia, las pasiones rastreas y mezquinas que pueden hacer que un drama sea silvado cuando su autor merecia distinta suerte. Nadie ignora qué pasó á Aristides cuando llegó un patán y le dijo que escribiese el nombre de Aristides en una piedra, para echarla en el medio, porque ya le habia fastidiado oírle llamar tantas veces virtuoso.

De todos estos datos, y otros muchos que citaría, creo, Sres., poderse deducir la consecuencia contraria á la proposicion emitida por la sesion, á saber: que los aplausos de la generalidad del público no son el mejor fallo para calificar el mérito de una obra dramática.

Sres.: puesto que me ha cabido el honor de tomar parte en esta sesion y conocer mas de cerca á su entusiasta juventud, no puedo menos de dirigirme á ella. Jóvenes oscenses, digno presidente y demas individuos de esta naciente y literaria corporacion: vosotros sabéis bien que durante el triste periodo de la encarnizada guerra, la política ha llamado justamente vuestra atencion, pero una aurora risueña de paz empieza á brillar en nuestro horizonte: de esperar es que bajo su dulce influencia nos dediquemos todos á profundizar los sublimes volúmenes que en ciencias y artes nos han dejado escritos nuestros inmortales abuelos. Acudamos presurosos á enriquecer nuestra imaginacion con los inmensos tesoros que tenemos dentro de nuestro continente. Nada de estrangerismo, queridos compañeros, nada absolutamente. Acordémonos de que somos españoles, la patria sobre todo: la virtud de nuestros ilustres progenitores sea nuestra divisa; sea todo español en nuestra patria. La honradez en nuestro corazon, la ansiedad al saber en nuestra alma, y un brazo siempre dispuesto á sostener nuestra independencia, sean el norte de los descendientes de Arista. Juventud de Huesca en cuyos pechos he visto latir, no sin lágrimas en los ojos, una alma ardiente y sedienta de gloria, no desmayes jamas: la base de este Liceo es segura, firme é indestructible: únase aquel estrechamente con el de la ciudad S. H. El último de los socios de aquel liceo os lo ruega con todo su corazon: formemos todos una misma masa, una misma sociedad, puesto que todos somos jóvenes ansiosos de reputacion, y aragoneses por fin nacidos bajo un mismo cielo.

Seamos todos hermanos;

Y si acaso los tiranos,

Nos intentan dividir,
Sepamos todos morir
Como libres ciudadanos.

Mariano Gil y Alcaide.

Teatro.

Mateo ó la hija del Españolito.

(Noche del 11 de Abril.)

La actual compañía de verso ha dado principio á sus trabajos con el drama en cinco actos y en prosa, acomodado á nuestro teatro por D. Ventura de la Vega, y cuyo titulo es *Mateo ó la hija del Españolito*. No seremos prolijos en nuestra crítica, y siendo hoy nuestro objeto, mas bien que de la obra, dar cuenta á nuestros lectores de la nueva compañía, diremos solo acerca de aquella, que nos parece de escaso mérito, y de no grande artificio, por mas que abunde en destellos de travesura y de conocimiento del teatro; pareciéndonos encontrar caracteres no bien desarrollados, falta de trabazon y picantez teatral, y alguna desigualdad en el desempeño: fuera de esto, notamos en el *Mateo* algunos golpes dramáticos, algunas escenas apasionadas, y no pocas bellezas secundarias. Respecto á la traduccion, ya hemos dicho lo suficiente, nombrando á su autor D. Ventura de la Vega.

El drama en su totalidad nos parece falto de accion, de interes y de recursos. Baste decir en apoyo de nuestra opinion, que casi todo él tiene por objeto disponer una fuga: véase qué lugar puede esto dar á escenas profundamente interesantes, á toques de verdadera poesia. Ni aun la fuga se ha motivado lo suficiente: ni aun el éxito para lo sucesivo se ha sabido asegurar en el primer acto, donde ya debiera el autor haber eslabonado poderosamente la atencion del espectador, y donde no ha hecho otra cosa que dejar entrever una pasion de amor enlazada con otra de gloria, y un segundo amor no correspondido, si bien merecedor y aun heroico hasta la improbabilidad. Tan cierto es que el drama consiste en una mera fuga y nada mas, como que consumada esta, el drama concluye; y nada importa que la que amó y supo salvar á su rival y á su amante quede á llorar sus cuñas á orillas del mar; nada que se ignore un secreto de tanto bulto en el drama, y el único, que, con el de un amor no bien espresado, compartia sus derechos en el corazon de una inocente *educanda*, no muy bien educada.

El público llevó á bien este drama, porque el papel de gracioso (perfectamente caracterizado por el Sr. Boldun) amenizó no poco la pobreza del argumento; y, á no ser por lo *entretenido* de algunos diálogos, y por los chistes que pululan en la comedia, y que casi forman el primer término del cuadro; no hubiera sido suficiente para el sosten de aquella el amortiguado interés que escitan los estratégicos planes de los libertadores.

En suma: el drama de que nos ocupamos es una

importación, á que sin gran trabajo pudiera haberse sustituido una obra original, que tuviera el mérito de la invención, y que enriqueciera nuestro Parnaso, sin dar al de nuestra vecina nación mas valor del que en sí tiene, pues para realzarlo con creces, bástase ella á sí misma, infinitamente mas celosa que la nuestra por su lustre y nombradía. Por un error de cuenta se ha torcido el gusto del público hacia las producciones transpirenáticas, y mengua será de los ingenios españoles no subyugar á las masas con el irresistible poderio de su talento. Afortunadamente en la corte se ha despertado ese noble desdén, ese resto de orgullo, que por herencia conservamos los españoles de nuestros antepasados, y, ahora mas que nunca, se anima la juventud española para concurrir al paleo que la Europa toda ha preparado en pró de la ilustración.

Hemos hecho esta pequeña digresión, separándonos en algun modo del asunto principal, porque, si bien esomopolitas en literatura, y apreciadores siempre del mérito, aparte de su procedencia, no dejamos de tener un estimulante apego hacia las obras de nuestros sabios, y á costa del mayor brillo de estos, hasta haríamos el sacrificio de trocar una mediana nacional, como trámite de la perfección, por una superioridad notoria de parte de los extranjeros, si había de oscurecer en lo mas mínimo nuestras pasadas y futuras glorias.

La ejecución de *Mateo* fué en lo general bastante acertada; pero como queremos manifestar á los nuevos actores el interés que por sus adelantos nos tomamos, dejaremos de ser con ellos lisonjeros (como lo han de costumbres muchos escritores de teatros), y les manifestaremos sin rebozo los defectos de que deben procurar corregirse. Creemos que los estudiosos y amantes de su reputación agradecerán la severidad de nuestra crítica, como encaminada al mejor desarrollo de las facultades naturales que los adornan.

Demos principio por la *Sra. Martín*. Ya habíamos visto en nuestro teatro á esta laboriosa actriz, y el público la animó en la noche del 11, saludándola con aplausos antes de que diese principio á su papel. Desempeñólo con desembarazo y soltura, y á su buena dición dió nuevo realce el estudio que hizo de su parte: quisieramos, sin embargo, verla á veces mas apasionada; y puesto que tan buenas dotes reune, y tan poco son para ella los triunfos fáciles de que otros actores pudieran envanecerse, la aconsejamos que se dedique al profundo estudio de los poetas dramáticos, pues seguro es que en ellos encontrará la fuente de sus inspiraciones, y alambicando, por decirlo así, su sensibilidad con la detenida observación de los grandes modelos, aprenderá á encontrar ocasiones tal vez desconocidas, en que dar un nuevo realce á los pensamientos del escritor. No debe perderse de vista, que en el arte declamatorio hay grande campo á la invención, é igualmente que nuevos resortes dramáticos el poeta, puede el actor encontrar nuevos modos de espresarlos. Estas observaciones dirigimos á la *Sra. Martín*, convencidos como estamos de las felices disposiciones que posee, y de esmero con que generalmente trabaja.

La *Sra. Rimbau* no tomó en el drama tan activa parte que pudiera dejar campo á la crítica: no obstante, observamos en ella buena voz, y bastante finura y decoro: esforzó poco su papel, lo cual no extrañamos entonces, y atribuimos desde luego á timidez y medrosidad. La aconsejamos que deponga todo encogimiento, que declame con mas viveza, y que se muestre mas sensible cuando su papel lo exija. Por lo demas creemos que, tras un prolijo estudio, será buena actriz, especialmente despues de familiarizada con el público.

La *Sra. Guerra* nos pareció muy bien en las pocas palabras que la oímos: no podemos encarecer su mérito ni hablar de sus defectos, porque apenas tuvo ocasion de darnos de non ni otro una confusa idea.

El *Sr. Pacheco* tiene buenas dotes naturales, pero no el mejor tino para valerse de ellas con ventaja. Su voz, clara limpia y sonora, no tiene modulaciones, no se doblega, siguiendo paso á paso el papel que ha de declamar; esta falta de inflexion, tan esencial para la representación, ocasiona varias improbabilidades, como son hacer mas palpable la que por esencia ya llevan consigo los *apartes*, y, en la comedia á que aludimos, faltar á la naturaleza en el uso de los disfraces que un mismo personaje tiene que adoptar. Los grandes actores dan mil giros á su voz, y espresan con una misma palabra cien situaciones diversas; esta ventaja pudiera ser un notable adelanto en el *Sr. Pacheco*. Notamos, ademas, en su decir (como en el de *Satamino*) alguna precipitación, que á veces no cuadra con las exigencias de la escena. Concluiremos, por fin, advirtiéndole un errorcillo algo disonante, y en el que ha feido por compañeros á algunos, pero contados escritores. La voz *al* es contracción de *á el*; es decir que la palabra *el* (cuando artículo, no cuando pronombre) pierde siempre la vocal en el caso de precederle la proposición *d. es. ptes.*, u afectado cultismo decir *d el mismo tiempo en vez de al mismo tiempo*; y, como fiadores de esta opinion, citamos á la Academia de la lengua y á cuantos buenos escritores tenemos, principiando por *Cervantes*. El *Sr. Pacheco*, y muy pocas veces la *Sra. Martín*, usen de la locucion que acabamos de reprobar: deseáramos que pesasen nuestras razones, y las diesen el valor que en sí tengan, que nos parece es bastante.

Del *Sr. Boldun* nada nos atrevemos á decir: antes por el contrario nos parece excesivo el rigor con que algunos le juzgan, al advertirle se corrija de cierta falta de figura en su decir y en sus modales.

Concluiremos nuestro análisis aconsejando al *Sr. Satamino* que procure dar á sus papeles el fuego que generalmente suelen tener; y de paso le advertimos, que no siempre se espresa una pasión fuerte con gritos descompasados. El tono de la voz, la intencion marcada al dirigirla, y la asimilacion con la naturaleza son las que retratan habilmente un caracter. Decimos esto al *Sr. Satamino*, porque reconocemos en él aptitud para desempeñar con acierto los papeles que puedan corresponderle.

El *Sr. Guía* nos pareció buen actor: acaso la pobreza de su papel no le permitió ostentar su buena ó mala accion, pero, á decir verdad, le creimos algo frio, y se nos figuró que no siempre estaba en escena.

Hemos sido ríjidos en nuestra primera censura, porque deseamos no ocultar á los actores los defectos que nos ha parecido encontrarles, y esperamos asimismo recoger abundantemente el fruto de nuestra enfadosa tarea, elogiando los sucesivos adelantos que observemos. La crítica razonable y desinteresada produce grandes ventajas en los artistas de mérito que desean sobreponerse á sí mismos: la mordaz y sistemática lastima sin corregir, daña sin convencer. Pero es peor que ella, y de ambas críticas mas funestos efectos, la servil adulacion.

E. R.=U. Roquer.

Zaragoza: Imprenta de Juste.—1844.